

6. He manifestado tu nombre á los hombres, que me diste del mundo; tuyos eran, y me los diste á mí, y guardaron tu palabra.

7. Ahora han conocido, que todas las cosas, que me diste, de tí son.

8. Porque les he dado las palabras, que me diste: y ellos las han recibido, y han conocido verdaderamente, que yo alí de tí, y han creído que tú me enviaste.

9. Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por estos, que me diste, porque tuyos son;

10. Y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas son mías; y en ellas he sido clarificado.

11. Y ya no estoy en el mundo, mas estos están en el mundo, y yo voy á tí. Padre santo, guarda por tu nombre á aquellos, que me diste; para que sean una cosa, como tambien nosotros.

12. Mientras que yo estaba con ellos, los guardaba en tu nombre. Guardé á los que me diste, y no pereció ninguno do ellos, sino el hijo de perdicion, para que se cumpliese la Escritura.

13. Mas ahora voy á tí, y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos.

14. Yo les dí tu palabra, y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.

15. No te ruego que los quites del mundo, sino que los guardes de mal.

16. No son del mundo, así como tampoco yo soy del mundo.

17. Santificalos con tu verdad. Tu palabra es la verdad.

18. Como tú me enviaste al mundo, tambien yo los he enviado al mundo.

19. Y por ellos yo me santifico á mí mismo; para que ellos sean tambien santificados en verdad.

20. Mas no ruego tan solamente por ellos, sino tambien por los que han de creer en mí por la palabra de ellos.

21. Para que sean todos una cosa, así como tú, Padre, en

mí, y yo en tí, que tambien sean ellos una cosa en nosotros; para que el mundo crea, que tú me enviaste.

22. Yo les he dado la gloria, que tú me diste; para que sean una cosa, como tambien nosotros somos una cosa.

23. Yo en ellos, y tú en mí; para que sean consumados en una cosa; y que conozca el mundo, que tú me has enviado, y que los has amado, como tambien me amaste á mí:

24. Padre, quiero que aquellos, que tú me diste, esten conmigo en donde yo estoy: para que vean mi gloria, que tú me diste: porque me has amado ántes del establecimiento del mundo.

25. Padre justo, el mundo no te ha conocido: mas yo te he conocido; y estos han conocido que tú me enviaste.

26. Y les hice conocer tu nombre, y se lo haré conocer: para que el amor, con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.

---

#### ANÉCDOTAS.

Un italiano muy aficionado al juego, y no muy sobrante de medios, solia decir cuando perdía: ¡O fortuna traidora! tú puedes hacerme perder; pero no podrás hacerme pagar.

Cuando Cortés volvió á España, fué recibido con la mayor frialdad por el Emperador Carlos V. Presentóse un dia inesperadamente á este monarca.

Quién eres? dijo el Emperador con altivez. Un hombre, respondió Cortés, que ha dado á V. M. mas provincias, que ciudades heredó de sus antepasados.

La doble renuncia que hizo el Emperador Carlos V. del imperio y del trono de España, es el acto mas digno de admiracion de toda su vida. Conociendo este príncipe muy á fondo la vanidad de todas las grandezas, y la falsa brillantez de las coronas, prefirió el retiro de San Yuste al palacio

imperial ; hallando en este estado una satisfaccion mucho mas sólida que en ser el árbitro de la Europa. La gloria que rodea á la grandeza nos inclina á admirar á los que la renuncian libremente.

---

AMOR A LA PATRIA.

CONDENADO á muerte Focion por sus conciudadanos, hizo llamar á su hijo ántes de beber el veneno, y le dijo : Amado hijo mio, te encargo que sirvas á la patria con tanto zelo como tu padre lo ha hecho ; olvidando siempre que una muerte injusta fue el premio de sus servicios.

Quando Jerjes invadió la Grecia, se vió en Esparta el gran imperio que tiene el amor de la patria sobre las almas grandes y fuertes. Hombres, mujeres, niños, ancianos, todas las edades, todas las condiciones se disputaron á porfía la gloria de hacer los mayores sacrificios. Armandó una madre á su hijo para ir al combate, le dijo al entregarle el escudo : *vuelve con él ó sobre él* ; porque era costumbre entre los Lacedemonios, traer sobre sus escudos á los que habian muerto en la accion peleando con valor. Al saber otra madre que uno de sus hijos habia muerto con gloria en la batalla, dijo : no me admiro, era mi hijo.

Otra madre, que tenia cinco hijos en el ejército, deseaba con ánsia tener noticias de la batalla, y temblando preguntó á un esclavo, que venia del campamento qué habia de nuevo. Todos vuestros hijos han muerto, respondió el esclavo. Vil esclavo, replicó ella con indignacion, ¿por ventura es eso lo que yo te pregunto? El esclavo repuso : nosotros hemos salido victoriosos. Y ella corrió al templo á dar gracias á los Dioses.

AMOR FILIAL.

DESPUES de haber ganado Augusto la batalla de Accio, se puso á hacer la revista de los prisioneros, entre los que se hallaba Metelo, uno de sus mas encarnizados enemigos. Aunque estaba horriblemente desfigurado por la miseria y los disgustos, su hijo, que servia en el ejército victorioso, le reconoció inmediatamente, y fué á arrojarle entre sus brazos. Despues, volviéndose con los ojos bañados en lágrimas á Augusto, le dijo así : Señor, mi padre ha sido vuestro enemigo, y como tal merece la muerte ; pero yo os he servido con fidelidad, y merezco una recompensa : os pido pues, por premio de mis servicios, que concedais la vida á mi padre, y me hagais morir en su lugar.

Augusto quedó tan conmovido de este rasgo de piedad filial, que concedió la vida á Metelo.

---

MAGNANIMIDAD.

DON Nicolas Bravo, patriota mejicano, se habia levantado como otros muchos contra la dominacion española. Perseguido por fuerzas superiores, aceptando combates desiguales, huyendo entre las selvas y los montes, supo que su padre habia sido fusilado, teniendo él en su poder cuatrocientos prisioneros españoles. La noticia del fusilamiento de Don Leonardo Bravo se difunde en el campamento de los patriotas, y su jefe manda formar á los prisioneros ; mas cuando estos esperaban ya la muerte, como una de tantas represalias que en aquella época estaban en su mayor furor, les dice ; mi padre ha muerto víctima de la saña de vuestros compatriotas ; id vosotros libres sin condicion ; así honro mejor su memoria y á mi patria, cuya independenciam veo segura, precisamente por la crueldad que han mostrado los españoles contra los mejicanos.

Un labrador recién casado se estableció en un pueblo donde logró ganarse la estimación de todos los vecinos. Al cabo de un año tuvo la desgracia de que se le muriese una vaca, y poco después se quedó viudo. Estaba inconsolable, y algunos vecinos le exhortaban á tener conformidad, diciéndole uno : es verdad que la pérdida de vuestra esposa es casi irreparable ; pero sois aun joven, y así podeis elegir cualquiera de mis tres hijas. Otro le ofrecia su hermana, otro su sobrina ; y el pobre viudo, viéndose tan favorecido, no pudo ménos de exclamar : ya veo que en este país vale más perder la mujer que la vaca. Apenas he enviudado, ya me ofrecen cinco mujeres ; pero cuando se me murió la vaca, nadie vino á ofrecerme una.

Hatemtaz era el árabe más liberal de su tiempo. Preguntáronle si había conocido á alguien que tuviese un corazón más noble que él, y respondió : un día, después de haber hecho un sacrificio de cuarenta camellos, salí al campo con unos señores árabes, y ví un hombre, que había hecho haces de leña para quemar. Díjele que porqué no iba á casa de Hatemtaz, donde había un gran concurso para recibir los regalos que hacia. El que puede comer con su trabajo, me respondió, no quiere deber favores á Hatemtaz. Este hombre, añadió Hatemtaz, tiene un corazón más noble que el mío.

Francisco I. envió á América en 1534 á Jacobo Cartier, marino de San Maló, para hacer descubrimientos : y en efecto, descubrió el Canadá. ¡ Qué, decia este monarca, el rey de España, y el de Portugal parten entre sí tranquilamente el Nuevo Mundo, sin darme una parte ! Yo quisiera ver la cláusula del testamento de Adán que les ha legado la América.

Un célebre conquistador, á quien el senado romano preparaba un triunfo, hizo levantar su estatua, no de oro, plata ni bronce, como habían hecho los demás, sino de cera. Ha-

biéndola colocado en una plaza pública, rodeada de hachas encendidas, el calor la destruía poco á poco. Con esto quiso mostrar que los triunfos del mundo brillan un momento, mas que su mismo esplendor contribuye á destruirlo.

Preguntado un árabe ignorante, qué pruebas tenia de la existencia de Dios, respondió : así como por las huellas que veo en la arena, conozco si es un hombre ó una fiera la que ha atravesado el desierto, así también recorriendo con la vista los cielos con sus brillantes estrellas, y la tierra con sus admirables producciones, conozco la existencia y poder de Dios.

Hablábase en una casa de Londres, del proyecto de los franceses de hacer un desembarco en Inglaterra. Un niño de nueve años, que escuchaba atentamente la conversacion, dijo, levantándose de su silla : si los franceses vienen aquí, ¿ traerán niños con ellos ? Yo no sé, respondió el padre, ¿ pero á qué viene esa pregunta ? Porque, respondió el niño apretando el puño, yo me batiría con ellos de muy buena gana. Los circunstantes, encantados de esta ocurrencia, besaron al chico, alabando su generosa resolución.

Anunciándosele un día á Carlo Magno la muerte de cierto obispo, preguntó cuánto había legado á los pobres, y como le respondiesen que solo dos libras de plata : muy poco dinero es ese para tan gran viaje, dijo un clérigo joven que estaba presente. El príncipe, satisfecho de esta reflexión, le dió el obispado, diciéndole : no olvideis jamás lo que acabais de decir : dad á los pobres abundantes limosnas, y no imiteis el ejemplo de vuestro antecesor, cuya conducta habeis vituperado.

Cárlas V. rogó á un caballero español que cediese su palacio, que era muy hermoso, al condestable Borbon. Como

el caballero se opusiese, Cárlos le dijo que debia mirar como una honra el dar alojamiento á tan gran general. El español respondió que no desconocia las cualidades del príncipe, mas que tambien estaban empañadas con la traicion que hacia á su patria la Francia. Yo le recibiré por obediencia, añadió, pero permitidme que tan pronto como salga el príncipe, pegue fuego al palacio, porque no puedo resolverme á ocuparle despues de haber vivido en él un traidor.

Uno de los últimos reyes de España, á quien la suerte de las armas habia quitado muchas plazas importantes, recibia, no obstante, de sus cortesanos el título de Grande. Su grandeza, dijo un español, es como la de las zanjas, que son mayores cuanta mas tierra les quitan.

El abate Regnier, secretario de la Academia francesa, recogia un dia en su sombrero la suscripcion de los individuos para ciertos gastos de la corporacion, y no habiendo visto que Rose, hombre avaro, hubiese echado su parte, le presentó por segunda vez el sombrero. Rose aseguró que ya habia dado, á lo que el abate contestó: lo creo, mas no lo habia visto. Fontenelle, que estaba al lado, añadió: pues yo lo he visto, mas no lo creo.

Francisco I. supo que un oficial se quejaba de que el rey fuese tan liberal con los ricos, y no hiciese caso de él, que lo necesitaba todo. Hízole llamar, y le dijo: sé que os quejais de mí. Ved dos bolsas iguales, la una llena de oro, y la otra de plomo; escoged, y veamos si es de la fortuna ó de mí de quien debeis quejaros. El oficial escogió, y tomó la de plomo. Ahora bien, le dijo el rey, ¿quién tiene la culpa de que no os enriquezcáis?

## RASGOS DE ALFONSO V. DE ARAGON.

Este príncipe volvia de Sicilia en una galera, y los señores que le acompañaban en este viaje iban todas las mañanas á hacerle la corte. Un dia le hallaron entretenido en tirar pan al mar á los pájaros que volaban al rededor; y volviéndose á ellos, les dijo: estos pájaros son como mis cortesanos, que así que reciben los beneficios que esperan, desaparecen al instante.

Sabiendo Alfonso que algunos de sus súbditos, á quienes habia hecho mucho bien, hablaban mal de él, léjos de castigarlos, se contentó con decir: es propio de los reyes el criar ingratos, mas no por eso me impedirán el ser benéfico y generoso.

La ciudad de Nápoles habia determinado erigir un monumento que recordase las grandes acciones de este rey. Ya estaba designada la plaza donde habia de colocarse, y se trataba para agrandarla, de derribar la casa de un antiguo oficial con muchos servicios; mas el rey no quiso permitirlo, diciendo: prefiero verme sin ese vano monumento, á destruir la casa de un hombre que me ha servido bien.

Un particular, muy conocido en la corte, habia reñido con cierto señor; y con todo, siempre hablaba bien de él. Extrañábase tanto mas su conducta, cuanto se sabia bien su enemistad contra el otro; pero la perspicacia de Alfonso penetró al través de tantos elogios, y descubrió los designios de venganza que abrigaba aquel corazon malvado. Con efecto, seis meses despues, creyendo que era ya tiempo oportuno de ejecutar su proyecto, acusó á su contrario de un supuesto crimen, y empezó á perseguirle en los tribunales. Alfonso hizo absolver al supuesto criminal, y llamando al acusador, le reprendió ágramente, mandándole dar satisfaccion á su enemigo.

Los muertos, decia este rey, son mis mas fieles consejeros, y sabios ministros. Sus escritos me dicen la verdad; cuando quiero, les pregunto, y siempre me responden sin pasion, ni temor alguno de desagradarme.

Un dia, yendo Alfonso á caballo, el paje que le precedia le hirió inconsideradamente, tirando de una rama de árbol, que en su sacudimiento fué con violencia á dar al rey en un ojo, del que le saltó sangre. Este accidente disgustó sobre manera á la comitiva; pero el rey, apesar del dolor que sentia, los tranquilizó, diciendo con mucho sosiego: lo que mas siento es el miedo y pena del pobre paje, que me causa este mal rato.

Estando un dia á la mesa, dió la copa á su copero, mandándosela llevar á cierto señor, á quien este criado odiaba. El copero se resistió por tres veces al mandato; el rey, perdiendo la paciencia, se levantó con la espada desnuda, y cuando ya iba á herirle, le dijo, tirando la espada: mas vale perdonarte que escuchar el placer de la venganza.

Pasando con su ejército por delante de Cápua, cierto hombre se le acercó furioso, y deteniéndole el caballo le hartó de desvergüenzas. Oyólas Alfonso con paciencia, y cuando conoció que el hombre se habia desahogado, continuó su camino sin responderle palabra.

Un dia encontró el rey á un aldeano que conducia una burra cargada de harina, y que, atascada en un barrizal, tenia al hombre en grandísima angustia. Al punto bajó del caballo, y ayudó al aldeano á tirar de la burra. En esto llegaron los de la comitiva, que viendo al rey lleno de lodo, se apresuraron á limpiarle, y mudarle de vestido. El aldeano, que conoció á S. M., empezó á pedirle mil perdones. Alfonso le tranquilizó con bondad, y le dijo: hemos nacido para ayudarnos mutuamente.

Una violenta tempestad hizo al rey entrar en una isla. Viendo allí una de sus galeras próxima á perderse, mandó que la socorriesen; pero los marinos le dijeron que mas valia perder una embarcacion que exponer las otras. El rey, sin escuchar este consejo ni deliberar mas, parte al instante al socorro de la galera. Los marinos entónces, viendo la resolucion y el riesgo del rey, acudieron todos allá. La empresa fué peligrosa, pero se logró al fin; con lo que dijo Alfonso: hubiera preferido sumergirme en el mar con mi armada, ántes que ver perecer á esos miserables sin alargar la mano para socorrerlos.

Una noche que volvia de cierta expedicion, se detuvo en una aldea, y entró en un meson acompañado de un solo oficial. Habia al rededor del fuego varios soldados que, por casualidad, se hallaban en la misma posada, y que no conociendo al rey, comenzaron á insultarle, y aún á decirle que no permitirian que se alojase allí, porque ya la casa estaba llena, y que si no se retiraba pronto, le tirarian los tizonos á la cara. El callaba, y se sonreía; á poco llegaron sus guardias, que sacaron á los soldados del error que habian padecido. Entónces estos se arrojaron á los piés del rey, quien los levantó con benignidad y los mandó sentar á la mesa de sus criados.

Colmándose de elogios un dia en presencia de Alfonso al General Picini, guerrero sumamente distinguido, dijo friamente uno de la comitiva: ese hombre á quien se alaba tanto es hijo de un carnicero. El rey, enfadado de esta impertinencia, le contestó: sabed que el hijo de un carnicero que sabe elevarse por sus buenas acciones, es superior al de un rey que no tiene otro mérito que el rango de sus abuelos.

Un adulator fastidioso cumplimentó un dia á Alfonso, diciéndole con énfasis: vos no sois simplemente rey; sois hermano, sobrino é hijo de reyes. ¿Qué os parece prueba

todo eso? dijo Alfonso. Sólo que yo tengo la corona de mis antepasados, sin haber hecho nada para merecerla.

Se ha citado con frecuencia una respuesta que dió Catinat á Luis XIV cuando disfrutaba el mas alto grado de favor. Despues de haberle hablado este monarca sobre las operaciones de la guerra, le dijo con toda la gracia con que sabia sazonar sus discursos: bastante hemos hablado de mis negocios; veamos ahora como están los vuestros.—Señor, gracias á las bondades particulares de V. M. yo tengo cuanto necesito.— Hé aquí el único hombre de mi reino que usa este language, le replicó el Rey.—En efecto, madama de Maintenon confesaba que él era el único que nada habia pedido. Yo no quiero, acostumbraba decir sirviéndose de una expresion enérgica, parecerme á esos criados que manchan sus servicios pidiendo al amo que les aumente el salario.

---

#### PRESENCIA DE ESPIRITU Y SANGRE FRIA.

El hijo de un labrador de la provincia de Wiltshire, en Inglaterra, llamado Brown, de edad de doce años, acostumbraba ir á una villa cercana á hacer las provisiones. Como aquellos contornos se hallasen infestados de ladrones, el muchacho escondia á prevencion las monedas de oro, llevando en el bolsillo las de plata y cobre. Un dia que iba por el campo, se le presentó un ladron pidiéndole el dinero. Brown, fingiéndose sorprendido, le dijo: ya que quereis mi dinero, justo es que vayais por él; y tiró del otro lado de un foso un puñado de monedas. El ladron viendo que eran muchas fué á recogerlas, dejando á Brown tiempo para huir; mas volviendo la cara, vió con sorpresa al muchacho que, montado en su caballo, corria á todo escape. Seguramente no esperaba esta accion de un contrario tan jóven.

La maleta del ladron valia infinitamente mas que las monedas que Brown habia dejado abandonadas.

---

#### LA LECTURA.

En la lectura debe cuidarse de dos cosas: escoger bien los libros y leerlos bien.

Nunca deben leerse libros que extravien el entendimiento, ó corrompan el corazon. Las lecturas irreligiosas ó inmorales no conducen á la ciencia, por el contrario son una fuente de frívola superficialidad.

Conviene leer los autores, cuyo nombre es ya generalmente conocido y respetado: así se ahorra mucho tiempo y se adelanta más. Estos escritores eminentes enseñan, no sólo por lo que dicen, sino tambien por lo que hacen pensar. El espíritu se nutre con la doctrina que le comunican, y se despierta y desarrolla por las reflexiones que le inspiran. Entre dos hombres, uno mediano, otro eminente, ¿quién preferiria consultar al mediano?

Ningun arte ni ciencia debe estudiarse por diccionarios, ni enciclopedias: es preciso sugetarse primero al estudio de una obra elemental, para dedicarse en seguida con fruto á la lectura de las magistrales. Los diccionarios y enciclopedias sirven para consultar en casos dados y refrescar especies, mas no para aprender las cosas á fondo.

*Non multa sed multum*: se ha de leer mucho, pero no muchos libros; esta es una regla excelente. La lectura es como el alimento: el provecho no está en proporcion de lo que se come, sino de lo que se digiere.

La lectura debe ser pausada, atenta, reflexiva: conviene suspenderla con frecuencia para meditar sobre lo que se lee; así se va convirtiendo en sustancia propia la sustancia del autor, y se ejecuta en el entendimiento un acto semejante al de las funciones nutritivas del cuerpo.